

LETICIA SÁNCHEZ RUIZ

El
Gran
Juego



XVI PREMIO DE NOVELA ATENEO JOVEN DE SEVILLA

algaida



El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Cale-ro (Presidente de honor), Miguel Cruz Giráldez, Ángel Basanta, Miguel Ángel Matellanes, Fernando Marías, Vanessa Montfort, Marcos Fernández y Antonio Bellido (secretario). La novela *El Gran Juego*, de Leticia Sánchez Ortiz, resultó ganadora del XVI Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla, que fue patrocinado por la Delegación de Cultura ICAS. Sevilla Instituto de la Cultura y las Artes.



Primera edición: 2011

© Leticia Sánchez Ruiz, 2011
© Algaida Editores, 2011
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-686-7
Depósito legal: M-34.606-2011
Impresión: Huertas, I. G.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A mi madre.
A mi padre.
Somos suma.*

MI MADRE LE CONOCIÓ SIENDO NIÑA. A PEROTTI, digo. Paraba todos los días en el bar de mis abuelos. Cuando veía a mi madre acurrucada detrás de la barra o vagando aburridamente entre las mesas, le hacía un gesto con la cabeza para que se acercara, y los dos salían del bar cogidos de la mano, rumbo a la confitería de enfrente, donde el anciano le compraba a mi madre todos los pasteles que ella señalase con el dedo.

Otras veces mi madre se sentaba con él en su mesa de siempre. Con la nariz llena de mocos y la trenza torcida, hacía los deberes o jugaba con sus recortes meneando en el aire las piernas, mientras Perotti hojeaba el periódico, encendía un puro, tomaba un trago y, de vez en cuando, le acariciaba la cabeza a mi madre.

Porque Perotti siempre se sentaba solo. La única compañía que aceptaba era la de la hija pequeña de los dueños del bar. Vivía ajeno a las tertulias, a los estudiantes apoyados en la barra, a los médicos y concejales que unas

mesas más allá engullían buñuelos y carne guisada y trataban de arreglar el mundo entre los dientes.

Por aquel entonces Perotti tenía más de cien años, y los aparentaba. Parecía un cadáver que se había escapado de su tumba. Tenía una piel colgona del color de la ceniza y tantas arrugas que apenas se le podía distinguir en la cara más que su nariz aguileña. Su cuerpo estaba muy empequeñecido por los años, lo que hacía que el abrigo le quedara desmesuradamente grande y el sombrero le bailara en su cabeza del tamaño de un alfiler. Sin embargo su edad no le impedía beberse a diario medio botella de vino blanco y encender con cerillas un Farias tras otro. Leía el periódico con unos pequeños anteojos y miraba constantemente la hora en un viejo reloj de bolsillo que sacaba de la chaqueta.

Los parroquianos nunca se olvidaban de saludarle con mucha pompa; a veces con una palmada en la espalda, muy suave, por el miedo que tenían a romperle. Se apresuraban a abrirle la puerta cuando le veían llegar al bar medio ahogado, apoyándose en su bastón con puño de plata. Perotti era algo así como un hombre venerable, aunque no se le hubiera conocido honor ninguno.

Se sabía que era rico y que debía de venirle de familia. Contaban que una vez, allá hacía mil años, su tía le había regalado unas entradas para ir a ver una corrida de toros a Santander. Él había cogido un barco en el puerto para ir hasta allí, pero nunca llegó a la plaza y se pasó diez años navegando por las rutas del Caribe.

Pero de esto Perotti nunca hablaba, como nunca hablaba de nada. Sólo conversaba con mi madre. «Cuando

llegó la Guerra Civil, yo ya era medio viejo, pero oí decir que a los soldados les daban una lata de leche condensada y decidí alistarme voluntariamente. Que no te engañen, Cucurucho, que dicen que en el mundo las batallas se libran por honor, y no se libran más que por hambre o por disparate». Cucurucho era como tiernamente la llamaba.

Mi madre también le hacía confesiones. «Mira, Perotti —le decía señalando sus pies tristemente—, tengo los zapatos sucios». «No te preocupes, Cucurucho, Cucuruchito, que cuando crezcas siempre vas a tener los pies resplandecientes».

Una tarde, a la salida del colegio, mi madre se encontró con mi abuelo. Llevaba el abrigo azul y el sombrero de los días de fiesta. Se puso en cuclillas para que su hija le oyera bien y, en un gesto nervioso, comenzó a abrocharle correctamente los botones de la chaqueta del uniforme.

—Mira, nena, Perotti ya es muy mayor, ¿sabes? —Mi madre le miraba pestañeando. Sí, sabía—. Creo... creo que se está muriendo. ¿Quieres que vayamos a verle?

—Pero, papá... ¿y el bar?

—Hoy me sustituye tu hermano en el mostrador.

Y por aquellas palabras entendió mi madre, por primera vez, que la muerte debía de ser algo muy importante.

Entraron juntos en el hospital y fueron por un pasillo que olía a medicamentos y verdura hervida. Mi madre se aferraba a mi abuelo, que por entonces le parecía enorme.

—Aquí es.

Se pararon ante una habitación con un número impar en la puerta. Antes de entrar, la niña se arrodilló para atarse los cordones y limpiarse el polvo de los zapatos con la manga de la chaqueta. Mi abuelo aprovechó para hablar con la enfermera. «Está en las últimas —dijo aquella mujer de blanco con las gafas colgando de un cordón sobre el pecho—. Ya ha perdido hasta la razón. Lo único que hace es repetir una frase sin sentido».

Mientras los dos adultos hablaban en la puerta, mi madre entró en aquella habitación pequeña y ruínosa llena de goteros. Dio un saltito y se encaramó en la cama de hierro. Así pudo ver cómo agonizaba y se hundía entre almohadones aquel anciano decrepito que era su amigo. Perotti estaba más empequeñecido que de costumbre, como si le faltase poco para desaparecer. Presentaba el color y el tacto de la cera, la cara afilada como un sable. No pudo ver a mi madre a los pies de la cama porque su mirada estaba perdida y sin retorno; tenía unos ojos que ya no pertenecían a los vivos. Alrededor de la boca arrugada se le iba acumulando la baba reseca. Lentamente movía los labios gemebundos, aquellos labios como una herida, y parecía que quería decir algo que le salía de dentro, como un estertor. Mi madre se acercó un poquito porque pensó que le estaba hablando a ella.

«El Gran Juego —entendió que balbuceaba su viejo amigo—. Sólo quiero volver al Gran Juego».

EL BAR QUE REGENTABA MI FAMILIA ERA GRANDE como un salón de baile y tenía baldosas blancas y negras. Se hacían tertulias a la hora de la siesta, se jugaba a las cartas, se oía constantemente el sonido de las fichas del dominó sobre las mesas, se servían los cafés en vaso. Había un altillo en el que se daban comidas y un perchero a la entrada para dejar los gabanes y los sombreros. De la cocina no dejaban de salir bandejas de metal con platos humeantes que Ausencia, la camarera, llevaba con prisa a todas las mesas sorteando a mi madre, siempre por en medio, a las sillas y a los clientes. Ausencia tenía una carcajada sonora, unas piernas fuertes y unos ojos negros por los que suspiraban los estudiantes.

En las mesas había mantelitos de cuadros y ceniceros de Cinzano. Cada cual tenía su lugar muy bien distribuido. Los universitarios, con trencas azul marino y gafitas redondas, se quedaban de pie, con los codos apoyados en la barra y las carpetas en la mano. Al fondo, se sentaban el médico, el abogado y el concejal a brindar con coñac y a

hacerse trampas al tute de tres. Los indianos, vestidos con trajes claros como si fuera una clase de etiqueta o de legado, ocupaban la zona cercana a los baños; los periodistas de la gaceta se agolpaban junto a las ventanas de la calle. Falla el ferretero siempre al fondo de la barra, disponible y fiable, como el lápiz que se pone al lado del teléfono. El resto de parroquianos, los que no tenían grupo definido, se hacían hueco como podían. A veces venía de pronto un soplo como de tristeza o de risa, un aire de ceniza y aceite, una compacta fermentación.

Mi abuelo vivía parapetado tras la barra del bar golpeando las sonoras teclas de la caja registradora, con la bayeta al hombro como el loro de un pirata, con una mano secándose el sudor de la frente y la otra debajo del grifo en el que lavaba los vasos. Por las noches, después de cerrar, se quedaba allí solo mucho tiempo, probando a echarle al vermú más ajeno, mezclando sin cesar el vino blanco y el tinto para hacer el manchado perfecto, actualizando sus dotes de alquimista. Iba apuntando todos sus descubrimientos en una libretita que siempre guardaba en el bolsillo de la camisa. Mi abuela, mientras tanto, le esperaba sentada en una silla del comedor, durmiéndose, con el bolso sobre las piernas.

Mi tío Cosme, de vez en cuando, trataba de entrar en la barra para echar una mano. Pero mi abuelo le espantaba, le echaba de allí a pequeños empujones y le decía que volviese al otro lado del mostrador que era donde tenía que estar, con sus compañeros, con los estudiantes, que aquel era su primer año de universidad. Cuando decía estas palabras, mi abuelo se iluminaba como una bombilla.

Mi tío, que no insistía demasiado, regresaba a su tertulia con el resto de muchachos con los que compartía facultad y, a escondidas, bebía sorbos de vino de sus copas para que su padre no le viera. Mi tío Cosme, que era alto, desgarbado y sabía hablar inglés.

En la cocina, mi abuela soportaba los calores del aceite hirviendo. Llevaba un mandil blanco lleno de manchas de tomate, levantaba las tapas de las enormes cacerolas para olisquear los potajes; con la sal se le inflamaban en las manos los cortes que se había hecho partiendo cebollas y tenía los dedos llenos de las heridas que le causaban los afilados dientes de las merluzas. A mi madre siempre la empujaba para que no estuviera cerca de los fogones, no se fuera a quemar en cualquier descuido. Mi abuela tenía que mirar a tantos sitios que ni siquiera la podía atender, así que prefería apartarla y que se quedara sentada en un rincón, junto al cubo donde tiraban las mondas de patatas y amontonaban los calendarios atrasados. Mi abuela golpeaba la carne con sus manos enrojecidas para reblandecerla, revolvió las lentejas, cortaba en cuadraditos la bechamel de las croquetas. Cada dos por tres entraba en la cocina Ausencia, empujando con sus caderas la puerta volandera, y convertía la cocina en un alboroto. Contaba en pocos segundos todo lo que se estaba hablando en el bar, decía los nuevos pedidos, ponía a toda velocidad los platos sobre la bandeja y se marchaba canturreando con su vozarrón de chica de pueblo.

El bar de mis abuelos estaba en la calle La Luna, cerca de la estación de autobuses. Cuando alguien decía «voy

a la calle La Luna» no se refería a la ferretería, la confitería, o a recoger un pariente que venía de visita; «ir a la calle La Luna» significaba ir directamente a los vinos, al café y a la baraja, ir al bar de mis abuelos, como si la calle entera estuviera encerrada allí dentro.

Tras la muerte de Perotti, la mesa del anciano permaneció vacía durante varias semanas. Era una especie de homenaje que los parroquianos le dedicaban. Nadie se sentaba allí. Nadie, excepto mi madre. Con su falda de cuadros, un calcetín bajado y otro subido, su trenza a medio hacer y los cordones de los zapatos atados como si fueran las orejas de un ratón, se sentaba sola cuando venía del colegio y dejaba su cartera colgando de la silla. En aquella mesa escribía en sus cuadernos de cálculo. De vez en cuando levantaba la cabeza y miraba hacia la puerta como si estuviera esperando a alguien.

Si alguno de los clientes habituales la llamaba Cucurucho, le miraba enfadada y no le respondía.

Una tarde empezó a oírse un murmullo en todo el bar, como si se estuviera gestando una revolución. Los clientes se levantaban, iban pasando la noticia de una mesa a otra y se formó un grupo de hombres junto a la puerta.

—¿Qué ocurre ahí? —preguntó mi abuelo desde la barra.

—Que van a ir a abrir la casa. La casa de Perotti. Mi abuelo se limpió las manos en el pantalón.

—Cosme —dijo cogiendo por el brazo a mi tío, que estaba al otro lado del mostrador riendo con los amigos—, vete con ellos y llévate a la nena. Que vaya bien abrigada.